

“Esta manera de ver, añade Courbet, ¹ no es particular á nuestros adversarios.”

“Es también, el de un gran número de sabios espiritualistas y cristianos que, con Descartes, no admiten que la materia pueda obrar de otro modo que por contacto.”

“Citaremos, continúa Courbet, al ilustre P. Sechi que ha consagrado una obra voluminosa —“La Unidad de las fuerzas físicas”—á la demostración de esta tesis.”

“Las fuerzas, dice el sabio jesuita, no son ya consideradas como cualidades ocultas de la materia, sino como puros efectos del movimiento.”

Tal es la voz de la ciencia.

¿Cómo, entonces, podrá llamarse científico un sistema que pone el origen de las cosas en la fuerza que posee en sí misma la naturaleza, cuando la ciencia desconoce lo que es la fuerza y cuando ha llegado á establecer que las fuerzas son puros efectos del movimiento y no cualidades ocultas de la materia?

Y, ¿todavía se presentará, ante las miradas asombradas de la ignorancia, el sistema evolucionista,

¹ Nec. scient. de l'exist. de Dieu.

nista, falso en su base, como la última palabra de la ciencia?

Pero sea cual fuere la idea que se forme sobre la fuerza, no se le puede concebir más que de dos maneras, como medio de atracción ó de repulsión.

De otro modo, no se pueden admitir más que fuerzas atractivas ó repulsivas.

Son las únicas, en efecto, que la naturaleza nos hace conocer y que estudia la mecánica.

Entre las fuerzas atractivas, la más conocida es aquella á que Newton dió su nombre, la atracción proporcional á las masas é inversamente proporcional al cuadrado de las distancias.

Ella es la que parece regir todos los movimientos del universo y se encuentra hasta en los mundos más alejados que sea posible someter á la investigación científica.

Por eso muchos filósofos han intentado hacer de ella una cualidad primordial de la materia, con el mismo título que la masa, y es á ella á la que piden con frecuencia el secreto de los movimientos primitivos y de las combinaciones de los átomos constitutivos del universo.

Pero respecto de esta fuerza de atracción, de-

bemos recordar lo que ya dijimos á propósito de la gravitación, á saber, que la naturaleza de la atracción á distancia, es completamente desconocida: la ciencia dice simplemente que todo pasa en la naturaleza como si la materia se atrajese según una ley determinada.

En cuanto al principio mismo de la atracción, citemos al sabio inmortal que es el primero que ha enunciado ese principio.

“Que la gravedad sea innata y esencial á la materia, de suerte que un cuerpo pueda obrar sobre otro á distancia á través del vacío y sin ningún elemento intermediario que trasmita esta acción y esta fuerza de uno á otro, es para mí un absurdo tan grande, que me parece imposible que un hombre, capaz de tratar sobre materias filosóficas, pueda caer en él.”

Ante esta palabra de Newton, el principio en que descansa el sistema de la evolución no puede científicamente concebirse.

No puede llamarse, entonces, como le llaman sus adeptos, la última palabra de la ciencia.

“Admitamos, sin embargo, dice Courbet,¹ que lo que un Newton ha declarado indigno y absurdo, es verdadero, y que la materia posee en sí misma el poder de atracción á distancia.”

“Bajo el punto de vista del origen de las cosas, nada se adelanta en esta hipótesis.”

“Se demuestra efectivamente, en mecánica racional, que en una esfera homogénea, la suma de las atracciones de las moléculas materiales sobre un punto situado en el centro de una esfera, es nula.”

“Y todo punto del espacio, puede considerarse como el centro de una esfera de radio infinito.”

“El teorema que precede, independiente, como es, de la magnitud absoluta del radio de la esfera, se aplica, por consiguiente, al caso en que ese radio es infinito.”

“Luego la suma de atracciones de una masa ilimitada de materia, sobre un punto cualquiera de esta masa, es nula y, en consecuencia, esta masa debe quedar en reposo.”

“Hemos implícitamente supuesto que la materia en el principio, era homogénea.”

“No se ve, en efecto, razón para que estuviese condensada en una parte del espacio más que

¹ Neces. scient. de l'Exist. de Dieu.

en otra, siendo el espacio y la materia original, idénticos por esencia á sí mismos."

Supongamos, sin embargo, que no fuese así y que no solamente la materia primitiva no fuese homogénea, sino que aun los átomos diversos, que la componen, estuviesen animados de movimientos cualesquiera.

Al hacer esta suposición, se advierte que hacemos la mejor de las concesiones que pudieran pretender los panteístas y que tomamos la hipótesis más general que es posible formular.

"Bajo la acción de sus atracciones mutuas, dice en esta hipótesis Courbet,¹ los átomos describirán curvas cuya naturaleza es innecesario investigar, curvas que dependerán para cada una de ellos del movimiento primitivo del átomo y de las posiciones de los átomos vecinos."

"Entre todos estos átomos habrá cierto número cuyas trayectorias tendrán que encontrarse. Habrá igualmente un cierto número que pasarán muy cerca los unos de los otros, para que sus mutuas atracciones los desvíen de su curso y los obliguen á volverse á encontrar."

"Estos átomos, así reunidos, constituirán una

1 Obra citada, pág. 42.

masa doble de los otros, cuya atracción será preponderante sobre los átomos vecinos. Estos serán más fuertemente abrazados, y cierto número de entre ellos vendrán á caer en la masa elemental que irán aumentando rápidamente. Los choques de estos átomos no tendrán por efecto, desagregar la masa, como en el caso en que la materia no está dotada más que de movimiento, porque aquí los átomos están retenidos los unos cerca de los otros, por fuerzas que determinan una coherencia real."

"La masa elemental crecerá, pues, á consecuencia del choque de todos los átomos que encuentra; y como estos choques, serán dirigidos en todos los sentidos, su velocidad disminuirá más y más, por virtud de la resistencia que opongan á su movimiento."

Llegamos, pues, á un resultado idéntico al que hemos obtenido en el examen del materialismo bruto, y continuando nuestro razonamiento como lo hemos hecho en los precedentes artículos, llegaremos á concebir al universo como formado de una masa única, homogénea, animada de un movimiento muy débil, tendiendo á cero, lo que es absurdo.

“En cuanto á las fuerzas repulsivas, no tendrán evidentemente otro efecto sobre la materia primitiva, que impedir todo encuentro, toda combinación de átomos, por consiguiente; y en este caso, como en el caso particular de la elasticidad que hemos examinado, el universo habría quedado eternamente en el estado de caos.”

“En general, continúa Courbet, cualesquiera que sean las fuerzas de que se quiera dotar al átomo, desde el momento que estas fuerzas son idénticas—y es claro que á menos de un nuevo absurdo no se pueden atribuir originariamente fuerzas diferentes á átomos esencialmente idénticos—deberán conducir á un estado de equilibrio estable, y el estado de ese movimiento interno de la materia, deberá forzosamente resolverse en una masa única y homogénea, cuyo estado final será el movimiento uniforme ó el reposo absoluto.”

A la misma conclusión llega Faye en su notable obra sobre el “Origen del Mundo.”

“Si el sistema solar, dice, hubiese estado privado en su origen de movimiento giratorio, la fuerza de atracción bastaría para hacer nacer circulaciones más ó menos complexas. Pero este sistema no sería estable y acabaría por reducirse á

una masa única. Lo que hay de seguro es, que la suma de las áreas descritas por los radios vectores al rededor de un punto y proyectadas todas sobre un mismo plano sería rigurosamente nula. ¿De dónde provendrían, entonces, las giraciones gigantescas todas en el mismo sentido que forman el rasgo característico del sistema solar y que aseguren su estabilidad?”

Ya se ve como la ciencia no apoya el sistema de la evolución para explicar el origen del mundo.

La astronomía nos da también otra prueba palpitante de la falsedad de los sistemas panteístico y materialista.

Si, como lo pretenden ambos sistemas, la materia fuese eterna, los diferentes mundos que constituyen el universo, habrían debido formarse en épocas distintas en la serie ilimitada de los tiempos.

Por consiguiente, se deberían observar proporciones aproximativamente iguales de estrellas en formación, de estrellas en plena actividad y de estrellas en declinación.

Estas diferentes fases de la edad de las estrellas están netamente indicadas por sus coloraciones.

Está probado, en efecto, que la coloración roja

indica el período de declinación; la coloración blanca, el de plena actividad, y la coloración amarilla, el período intermedio.

Ahora bien, Mr. Faye ha calculado que lejos de ser iguales, son muy diferentes las proporciones que se encuentran de estas diversas coloraciones, y que hay 95 por 100 de estrellas blancas ó ligeramente amarillas, contra 5 por 100 de estrellas rojas ó variables.

En consecuencia, todas las estrellas remontan casi á una misma época de formación.

He aquí el texto del eminente astrónomo:

“Nos complacemos, dice Courbet, en citarlo íntegramente, porque su descubrimiento constituye una demostración, por decirlo así, tangible y experimental de la creación, y por consiguiente, del Creador.”

“La proporción de estrellas blancas ó ligeramente amarillas, dice Faye, es de 95 por 100.

La de estrellas rojas y variables es de 5 por 100. No siendo estos astros iguales, pero aproximadamente del mismo orden de magnitud, y no estando dotados más que de una proporción de calor limitado, deben ser casi contemporáneos. Quiero decir que su formación remonta á una misma épo-

ca, tomando esta palabra en un sentido muy lato; porque si se hubiesen formado en épocas distintas, en la sucesión infinita de los tiempos, tendríamos ciertamente proporciones distintas de estrellas en plena actividad y de estrellas en declinación.”

Así, de cualquiera manera que se considere el problema de la formación del mundo, sea que con el materialismo puro no se admita más que la materia y el movimiento, sea que con el panteísmo, se atribuya á la materia una facultad especial de atracción ó de repulsión, se ve uno obligado á reconocer en el origen de las cosas, una fuerza independiente del universo, exterior á la materia que le ha dado esos movimientos, de cuyo conjunto han salido los mundos, tales como se presentan hoy á nuestra observación.

Esta fuerza es lo que llamamos Dios.

Esta fuerza es también una inteligencia.

Una fuerza inconciente y ciega, existente en la materia ú obrando sobre ella, no sería suficiente para organizarla y darle el orden y la estructura que observamos actualmente en el mundo.

Esta fuerza inteligente é inmaterial, es lo que llamamos un espíritu.

Sabemos, además, que el universo es función de

tres elementos primordiales: la materia, el espacio, el tiempo.

Dios, siendo independiente de una manera absoluta del universo, es independiente de cada uno de sus elementos.

Es lo que resumimos diciendo que Dios es un puro espíritu, es decir, un ser inmaterial, infinito, es decir, independiente del espacio; eterno, es decir, independiente del tiempo.

PERSONALIDAD DE DIOS.

La existencia de un Ser supremo, es para todo entendimiento, que obra bajo las inspiraciones de su propia naturaleza, una verdad indiscutible.

Hemos querido demostrarla, en nuestros precedentes artículos—que están por cierto muy lejos de responder á su intento, ya porque nos faltan las fuerzas para tratar asuntos de esa índole, ya porque se han redactado para una publicación semanal y no para una obra filosófica—hemos querido demostrarla, repetimos, con el solo propósito de ofrecer á nuestros lectores, un conjunto

de argumentos y observaciones que pusieran de manifiesto la osadía y la injusticia de la negación contemporánea, al afirmar que Dios no existe ó que es el Incognoscible.

No podemos detenernos más en esa tarea, que exigiría tiempo más amplio y conocimientos más profundos.

Las nociones que dejamos apuntadas bastan, en nuestro concepto, para dejar fuera de duda, ante los soberbios positivistas, la existencia de un Ser Supremo.

Pero ¿qué cosa es este Dios?

¿Es, por ventura, una sustancia universal, una cosa indeterminada, una abstracción del espíritu, un ideal puro?

Así lo quieren los modernos filósofos.

“Dios, decía Renan, es el resumen de nuestras necesidades suprasensibles.”

“El Ser infinito, decía Vacherot,¹ universal, no se hace perfecto, inmutable, superior al tiempo y al espacio más que pasando al estado ideal. Es Dios, entonces, pero no toma la divinidad, sino perdiendo la realidad.”

Toda personalidad atribuida á Dios, en sentir

1 La Metafísica y la Ciencia, tomo III.